

SU PRIMER RETEN

Por

Carlos BOWEN (Pierre Chili)

Capitán de navío (R), Armada de Chile



GUARDIAMARINA DE retén!

Al oír este llamado el guardiamarina Carrillo se ciñó la espada, una espada reluciente, con fulgores dorados, recientemente desempaquetada.

Se dio una mirada al uniforme para cerciorarse si se hallaba aseado. A más de aseado, completamente nuevo estaba el uniforme. Se sintió satisfecho. Estaba flamante como un pollo nuevo. Se encasquetó la gorra de visera acharolada y provista de un escudo en el cual, bordada en oro, se destacaba una ancla rodeada de laureles.

—¡Guardiamarina de retén! . . .

No se hizo repetir el mandato. Era un muchacho listo y de un par de zancadas estuvo en cubierta. Se cuadró militarmente; llevóse la mano a la visera y se puso a las órdenes del oficial de guardia.

—¡Vaya a los arsenales en el bote, a las órdenes del oficial artillero que lo espera en el muelle!

Bajó el bote de doble bancada. Al pisar sobre las bordas ya se sintió un comandante. Doce hombres con un patrón quedaban a su subordinación inmediata. El bote ancho, con su anclote, cadenas, un barril para el agua, con gran calzo de bronce para montar un cañón a proa, con su compás dentro del cual se movía una brújula, se le ocurrió un pequeño barco de guerra preparado para una expedición lejana y peligrosa.

Era su primer día a bordo y no se hallaba todavía muy familiarizado con el gobierno de una em-

barcación. Resolvía integrales, ecuaciones y los más intrincados cálculos de navegación. Sabía cómo es construía un bote y conocía en sus menores detalles la nomenclatura de las embarcaciones menores, (regalas, caperoles, palmejares, etc.) pero no estaba muy seguro en el gobierno. Para salir de este compromiso, con displicente señal le dijo al patrón que empuñaba la caña del timón:

—A los arsenales, patrón.

Se sentó en la camarilla, algo amurrado y muy importante. El patrón dio las veces de mando:

—Desabraca... Bota la proa... Remos a la borda... Arma... Cía "gabor"... "avante estrior"...

El bote giró.

—"Avanti".

Carrillito, cuanto más se distanciaba del buque, más le tomaba el peso a su responsabilidad y más gravedad asumía. El bote se balanceaba un poco y avanzaba como un pez. El agua se escurría verdosa y cristalina. Era agradable navegar en un bote de doble bancada y ser momentáneamente su comandante.

Los marineros, aunque disciplinados y respetuosos, siempre observan de soslayo a un guardiamarina nuevo. Carrillo se dio cuenta de aquella observación disimulada y maliciosa y quiso desde luego imponerse y dar su golpecillo de autoridad. Uno de los bogas no se había puesto el barbiquejo de la gorra. El guardiamarina le ordenó con voz entonada:

—¡Póngase el barbiquejo de su gorra!

El aludido, con una mano sobre el remo y sobrebogando, se acomodó con la otra mano la tirilla.

¿Cuántas brazas de fondo habría en aquellas honduras sobre las cuales navegaba? Vería la carta de navegación al llegar a bordo, pues un oficial debe conocer palmo a palmo los puertos. ¿Y si de improviso sobreviniera una espesa neblina que le impidiera ver su buque y dar con él a su regreso, extraviándose en la lechosa noche de tales brumas? Un buen oficial de marina debe ser antes que nada prevenido. Tomó el pequeño compás y

le tomó una demarcación al buque. Norte, 53 grados al este. Anotó este dato, cuidando agregar: "rumbo del compás". Había que diferenciar entre el rumbo magnético, el verdadero y el del compás.

Llegó al muelle. Ni un príncipe desembarcándose de su real falúa de gala, le hubiera igualado. Saltó al primer pedazo de la escalerilla de fierro, diciendo:

—¡Aguántese con su bote, patrón, hasta que "yo" vuelva!

En tierra encontró al oficial artillero, quien le impartió algunas órdenes. Embarcó algunos bultos en el bote. Tomó asiento de nuevo en la camarilla y le ordenó al patrón con la misma displicencia anterior:

—¡Larga! ¡A bordo, patrón!

Lo entusiasmaba navegar. Momento tras momento se marineraba cada vez más, hasta sentirse resuelto a empuñar el gobierno de su barco.

—¡Deme la caña, patrón!

Tomó el timón; le trazó una recta visual al buque y le dirigió la proa. No era difícil gobernar. El bote, como amaestrado, obedecía dócilmente. Desfilaban las boyas, buques y alcatraces y gaviotas que huían y graznaban. Pero a medida que se acercaba al buque lo intranquilizaba la llegada, pues aquella embarcación endemoniada cortaba el agua con la rapidez de una torpedera. Cualquier yerro suyo al llegar podría acarrearle un encontrón formidable contra los costados o las escalas del buque, destrozando su embarcación y hundiendo su carrera naval en el ridículo. Algo arrepentido estaba de haberle solicitado la caña del timón al patrón; pero ya no podría devolvérsela: un oficial de la Armada, aunque recién vestido de guardiamarina, no debía denotar timidez o falta de capacidad profesional ante sus subalternos, muy en especial ante aquellos doce hombres que, muy disimuladamente, lo observaban con malicia contenida. Continuaría en su puesto de gobierno hasta el último, aunque partiera en cien pedazos el bote. Recalaría a bordo con la caña del timón en las manos o flotando su cuerpo sobre las aguas. No le entregaría

el gobierno de su embarcación a nadie. Había que tener audacia. Las gloriosas tradiciones de la Armada le indicaban la norma de su vida como oficial de marina.

Esto es sencillo escribirlo. Pero estos arranques, que tienen mucho de risueño, tienen también mucho de heroico. Tome usted el gobierno de una locomotora. Hágala andar usted a toda velocidad. Coloque una muralla de acero atravesada en la línea y deje correr la máquina, dispuesto a estrellarse. Se necesitan hígados de héroe indudablemente.

El guardiamarina Carrillo tenía los hígados bien puestos. No sólo él: la mayoría de los guardiamarinas que por primera vez han gobernado un bote de doble bancada o una lancha a vapor, han experimentado, algo temerosos, pero resueltos, estas mismas comezons.

El bote seguía avanzando como un proyectil. Bastante lejos, pero bastante lejos del buque, Carrillito ordenó prudentemente:

—¡Galeras!

Los remos se colocaron horizontales, dejando de sumergir sus palas en el agua. El bote fue disminuyendo gradualmente su velocidad hasta el extremo de avanzar con la lentitud de una carreta. Con aquella lentísima viada alcanzó el buque.

—¡Alza!...—ordenó Carrillito.

Los remos se levantaron y al unísono los bogas los colocaron tendidos en el interior del bote. Carrillito terció un poco la caña.

—¡Bichero a popa!—ordenó.

¡Una recalada magistral! ¡Sin un rasguño! El bote se detuvo suavemente frente a la escala real, a un par de centímetros casi matemáticos. ¡Ni que hubiera gobernado al "Latorre"! Muy ufano subió el guardiamarina por la escala, cuadrándose en seguida frente al oficial de guardia para darle cuenta de su comisión.

A las cuatro de la tarde terminaría su servicio de retén y el bote de régimen de las cinco se iría de paseo a tierra. Un par

de ojos que eran dos proyectores, pertenecientes a una jovencita de quince, teníanlo mareado. El guardiamarina Carrillo estaba enamorado. Lástima que le faltaran unos diez años de espera para ser teniente y poder casarse, conforme a las ordenanzas navales, pues de lo contrario se casaría al momento. Porque era encantadora la muchachita. Le gustaban los dorados botones con anclas, y soñaba con viajar por el mar y muy lejos, y le entusiasaban los marinos...

Como a las cuatro, Carrillito llamó al peluquero de a bordo. Se presentaría en tierra como un Petronio recién salido del "untarium".

Un marinero de polainas amarillas y correajes negros se asomó en la puerta de la cámara de los guardiamarinas.

—Al guardiamarina Carrillo lo llama mi capitán.

El capitán estaba en el portalón, listo para embarcarse en su chalupa y dirigirse a tierra.

—¿Me llamaba, señor?

—¡Sí! ¿Era usted el guardiamarina que a eso de las dos de la tarde regresaba de los arsenales a cargo de un bote?

—Sí, señor... Yo era el guardiamarina.

Regocijado, esperaba una felicitación por su magnífico estreno y su espléndida recalada a bordo.

—Quédese arrestado por "cortarle la proa" al comandante del "Orella".

El capitán no era un hombre de muchas palabras, y se embarcó en su chalupa sin mayores comentarios. Carrillito se quedó abismado. ¿Se habría vuelto loco aquel caballero? ¿Qué es lo que le había cortado al comandante del "Orella"? ¿Pero qué le habría cortado? No lo conocía ni de nombre. No lo había visto en su vida. ¿Pero qué le habría cortado? Quiso protestar respetuosamente, pero el capitán navegaba lejos en su chalupa...

Bajó a su cámara y despidió malhumorado al peluquero. ¡Arrestado! Y no sabía por qué razón. ¿Qué iría a pensar la de los ojos verdes al no verlo en el paseo, como se lo había prometido? Se sintió un fracasado en su carrera, un naufrago a bordo. ¡Arrestado!

Sabía que el oficial de guardia era una persona muy amable con los guardiamarinas nuevos, y, aunque le tenía un respeto enorme, decidió hablarle.

—Con su permiso, señor... El capitán me dijo que me quedara arrestado por cortarle algo al comandante del "Orella". Debe haber una equivocación. Yo no lo conozco, señor. No lo he visto en mi vida. Le empeño mi palabra de oficial...

El oficial de guardia se rió.

—¿No vio usted cuando regresaba en su bote a una chalupa chica que iba en dirección a los destructores?

—Sí, señor... Y por nada no me atropella.

—Pues usted le cortó el paso con su bote, pasando por su proa. Esto es lo que se llama "cortar la proa". En la chalupa iba el comandante del "Orella". Le ha cortado, por consiguiente, la proa al co-

mandante del "Orella", lo que es una gravísima falta de cortesía contra un jefe de la Armada. Por esto se le ha arrestado.

—Yo no lo sabía, señor...

—Pues ya lo sabe. No hay que cortar le la proa a los superiores. Pero quédese tranquilo, pues "echando a perder se aprende". Dese por satisfecho con su arresto, pues ha aprendido una lección marinera que no olvidará en su vida.

Unos ojos buscaron inútilmente en el paseo al "almirante" Carrillo. ¿Dónde estaría aquel bandido? ¿Se olvidaba tan luego de sus promesas? ¡Crean las mujeres en el amor de los marinos!

¡No lo miraría en su vida!

Reproducción del libro "Mar y Tierra Nuestra", publicado en la Imprenta de la Armada en 1935.

